

Levantando el túmulo, volvironse; y reunidos -
después en el palacio del rey Príamo, alumno de -
Júpiter, celebraron el espléndido banquete fne -
bre.

Así celebraron las honras de Héctor, domador
de caballos.

HOMERO

" LA ODISEA "

RAPSDIA IX

RELATOS A ALCINOO. CICLOPEA

Respondile el ingenioso Odiseo:

Odiseo.- "¡Rey Alcnoo, el más esclarecido-
de todos los ciudadanos! En verdad que es linda -
cosa oír a un aedo como éste, cuya voz se asemeja
a la de un numen. No creo que haya cosa tan agra-
dable como ver que la alegría reina en todo el --
pueblo y que los convidados, sentados ordenadamen-
te en el palacio ante las mesas, abastecidas de -
pan y de carnes, escuchan al aedo, mientras el --
escanciador saca vino de la cratera y lo va echan-
do en las copas. Tal espectáculo me parece bell-
simo. Pero te movió el ánimo a desear que te cuen-
te mis luctuosas desdichas, para que lllore aún --
más y prorrumpe en gemidos. ¿Cuál cosa relatar -
en primer término, cuál en último lugar, siendo -
tantos los infortunios que me enviaron los celes-
tiales dioses? Lo primero, quiero deciros mi nom-
bre para que lo sepáis, y en adelante, después --
que me haya librado del día cruel, sea yo vuestro
huésped, a pesar de vivir en una casa que está --
muy lejos. Soy Odiseo Laertiada, tan conocido de-

los hombres por mis astucias de toda clase; y mi gloria llega hasta el cielo. Habito en Ítaca, que se ve a distancia: en ella está el monte Nérito, frondoso y espléndido, y en contorno hay muchas islas cercanas entre sí, como Duliquio, Same y la selvosa Zacinto. Ítaca no se eleva mucho sobre el mar, está situada la más remota hacia el Occidente - las restantes, algo apartadas, se inclinan hacia el Oriente y el Mediodía-, es áspera, pero -- buena criadora de mancebos; y yo no puedo hallar cosa alguna que sea más dulce que mi patria. Calipso, la divina entre las deidades, me detuvo -- allá, en huecas grutas, anhelando que fuese su -- esposo; y de la misma suerte la dolosa Circe de Eea me acogió anteriormente en su palacio, deseando también tomarme por marido; ni aquella ni ésta consiguieron infundir convicción a mi ánimo. No hay cosa más dulce que la patria y los padres, -- aunque se habite en una casa opulenta, pero lejana, en país extraño, apartada de aquéllos. Pero -- voy a contarte mi vuelta, llena de trabajos, la cual me ordenó Zeus desde que salí de Troya.

"Habiendo partido de Ilión, llevóme el viento al país de los cicones, a Ismaro: entré a saco la ciudad, maté a sus hombres y, tomando las mujeres y las abundantes riquezas, nos lo repartimos-

todo para que nadie se fuera sin su parte de botín. Exhorté a mi gente a que nos retiráramos con pie ligero, y los muy simples no se dejaron persuadir. Bebieron mucho vino y, mientras degollaban en la playa gran número de ovejas y de flexípedes bueyes de retorcidos cuernos, los cicones -- fueron a llamar a otros cicones vecinos suyos; -- los cuales eran más en número y más fuertes, habitaban el interior del país y sabían pelear a caballo con los hombres y aun a pie donde fuese preciso. Vinieron por la mañana tantos, cuantas son las hojas y las flores que en la primavera nacen; y ya se nos presentó a nosotros, ¡oh infelices!, -- el funesto destino que nos había ordenado Zeus a fin de que padeciéramos multitud de males. Formáronse, nos presentaron batalla junto a las veloces naves, y nos heríamos recíprocamente con las broncíneas lanzas. Mientras duró la mañana y fuese aumentando la luz del sagrado día, pudimos resistir su arremetida, aunque eran en superior número. Mas luego, cuando el sol se encaminó al ocaso, los cicones derrotaron a los aqueos, poniéndolos en fuga. Perecieron seis compañeros, de hermosas grebas, de cada embarcación, y los restantes nos libramos de la muerte y del destino.

"Desde allí seguimos adelante con el cora-

zón triste, escapando gustosos de la muerte aunque perdimos algunos compañeros. Mas no comenzaron a moverse los corvos bajeles hasta haber llamado tres veces a cada uno de los míseros compañeros que acabaron su vida en el llano, heridos por los cicones. Zeus, que amontona las nubes, suscitó contra los barcos el viento Bóreas y una tempestad deshecha cubrió de nubes la tierra y el ponto, y la noche cayó del cielo. Las naves iban de través, cabeceando; y el impetuoso viento rasgó las velas en tres o cuatro pedazos. Entonces las amainamos, pues temíamos nuestra perdición; y apresuradamente, a fuerza de remos, llevamos aquellas a tierra firme. Allí permanecimos constantemente echados dos días con sus noches, royéndonos el ánimo la fatiga y los pesares. Mas, al punto de la Aurora, de lindas trenzas, nos trajo el día tercero, izamos los mástiles, descogimos las blancas velas y nos sentamos en las naves, que eran conducidas por el viento y los pilotos. Y habría llegado incólume a la tierra patria, si la corriente de las olas y el Bóreas, que me desviaron al doblar el cabo de Malea, no me hubieran obligado a vagar lejos de Citera.

"Desde ahí dañosos vientos lleváronme nue -

ve días por el ponto, abundante en peces; y al décimo arribamos a la tierra de los lotófagos, que se alimentan con un florido manjar. Saltamos en tierra, hicimos aguada, y pronto los compañeros empezaron a comer junto a las veleras naves. Y después que hubimos gustado los alimentos y la bebida, envié algunos compañeros - dos varones a quienes escogí e hice acompañar por un tercero que fue un heraldo - para que averiguaran cuáles hombres comían el pan en aquella tierra. Fuéronse pronto y juntáronse con los lotófagos, que no tramaron ciertamente la perdición de nuestros amigos; pero les dieron a comer loto, y cuantos probaron este fruto, dulce como la miel, ya no querían llevar noticias ni volverse; antes deseaban permanecer con los lotófagos, comiendo loto, sin acordarse de volver a la patria. Más yo los llevé por fuerza a las cóncavas naves y, aunque lloraban, los arrastré e hice atar debajo de los bancos. Y mandé que los restantes fieles compañeros entrasen luego en las veloces embarcaciones: no fuera que alguno comiese loto y no pensara en la vuelta. Hiciéronlo en seguida y, sentándose por orden en los bancos, comenzaron a batir con los remos el espumoso mar.

"Desde allí continuamos la navegación con -

ánimo afligido, y llegamos a la tierra de los ci
clopes soberbios y sin ley; quienes, confiados -
en los dioses inmortales, no plantan árboles, ni
labran los campos, sino que todo les nace sin se
milla y sin arada -trigo, cebada y vides, que --
producen vino de unos grandes racimos-y se lo ha
ce crecer la lluvia enviada por Zeus. No tienen-
ágoras donde se reúnan para deliberar, ni leyes
tampoco, sino que viven en las cumbres de los --
altos montes, dentro de excavadas cuevas; cada -
cual impera sobre sus hijos y mujeres, y no se -
entrometen los unos con los otros.

"Delante del puerto, no muy cercana ni a -
gran distancia tampoco de la región de los ciclo
pes, hay una isleta poblada de bosque, con una -
infinidad de cabras monteses, pues no las ahuyen
ta el paso de hombre alguno ni van allá los ca
zadores, que se fatigan recorriendo las selvas -
en las cumbres de las montañas. No se ven en ella
ni rebaños ni labradíos, sino que el terreno es
tá siempre sin sembrar y sin arar, carece de hom
bres, y cría bastantes cabras. Pues los ciclopes
no tienen naves de rojas proas, ni poseen artifi
ces que se las construyan de muchos bancos -como
las que transportan mercancías a distintas pobla
ciones en los frecuentes viajes que los hombres-

efectúan por mar, yendo los unos en busca de los
otros-, los cuales hubieran podido hacer que fue
se muy poblada aquella isla, que no es mala y da
ría a su tiempo frutos de toda especie, porque --
tiene junto al espumoso mar prados húmedos y tier
nos y allí la vid jamás se perdiera. La parte in
ferior es llana y labradera; y podrían segarse en
la estación oportuna mieses altísimas por ser el
suelo muy pingüe. Posee la isla un cómodo puerto,
donde no se requieren amarras, ni es preciso echar
áncoras, ni atar cuerdas; pues, en aportando allí,
se está a salvo cuanto se quiere, hasta que el --
ánimo de los marineros les incita a partir y el -
viento sopla. En lo alto del puerto mana una fuen
te de agua límpida, debajo de una cueva a cuyo --
alrededor han crecido álamos. Allí, pues, nos lle
varon las naves, y algún dios debió de guiarnos -
en aquella noche oscura en la que nada distingui
amos, pues la niebla era cerrada alrededor de los
bajeles y la luna no brillaba en el cielo, que cu
brían los nubarrones. Nadie vio con sus ojos la -
isla ni las ingentes olas que se quebraban en la
tierra, hasta que las naves de muchos bancos hu
bieron abordado. Entonces amainamos todas las ve
las, saltamos a la orilla del mar y, entregándo--
nos al sueño, aguardamos que amaneciera la divina
Aurora.

"No bien se descubrió la hija de la mañana, la Aurora de rosáceos dedos, anduvimos por la isla muy admirados. En esto las ninfas, prole de Zeus que lleva la égida, levantaron montaraces cabras para que comieran mis compañeros. Al instante tomamos de los bajeles los corvos arcos y los venablos de larga punta, nos distribuimos en tres grupos, tiramos, y muy presto una deidad nos facilitó abundante caza. Doce eran las naves que me seguían y a cada una le correspondieron nueve cabras, apartándose diez para mí solo. Y ya todo el día hasta la puesta del sol, estuvimos sentados, comiendo carne en abundancia y bebiendo dulce vino; que el rojo licor aún no faltaba en las naves, pues habíamos hecho gran provisión de ánforas al tomar la sagrada ciudad de los cíclopes. Estando allí echábamos la vista a la tierra de los ciclopes, que se hallaban cerca, y divisábamos el humo y oíamos las voces que ellos daban, y los balidos de las ovejas y de las cabras. Cuando el sol se puso y sobrevino la obscuridad, nos acostamos en la orilla del mar. Mas, así que se descubrió la hija de la mañana, la Aurora de rosáceos dedos, los llamé a junta y les dije estas razones:

"Odiseo.- Quedaos aquí, mis fieles amigos, y yo con mi nave y mis compañeros iré allá y pro-

curaré averiguar qué hombres son aquéllos: si son violentos, salvajes e injustos, u hospitalarios y temerosos de las deidades.

"Cuando así hube hablado, subí a la nave y ordené a los compañeros que me siguieran y desataran las amarras. Ellos se embarcaron al instante y, sentándose por orden en los bancos, comenzaron a batir con los remos el espumoso mar. Y tan luego como llegamos a dicha tierra, que estaba próxima, vimos en uno de los extremos y casi tocando al mar una excelsa gruta, a la cual daban sombra algunos laureles; en ella reposaban muchos hatos de ovejas y de cabras, y en contorno había una alta cerca labrada con piedras profundamente hundidas, --- grandes pinos y encinas de elevada copa. Allí moraba un varón gigantesco, solitario, que entendía en apacentar rebaños lejos de los demás hombres, sin tratarse con nadie; y, apartado de todos, ocupaba su ánimo en cosas inicuas. Era un monstruo horrible y no se asemejaba a los hombres que viven de pan, sino a una selvosa cima que entre altos montes se presentase aislada de las demás cumbres.

"Entonces ordené a mis fieles compañeros que se quedasen a guardar la nave; escogí los doce mejores y juntos echamos a andar, con un pellejo de-

cabra lleno de negro y dulce vino que me habia da-
do Marón, vástago de Evantes y sacerdote de Apolo,
el dios tutelar de Ismaro; porque, respetándole, -
lo salvamos con su mujer e hijos que vivían en un
espeso bosque consagrado a Febo Apolo. Hízome Ma-
rón ricos dones, pues me regaló siete talentos de
oro bien labrado, una cratera de plata y doce ánfo-
ras de un vino dulce y puro, bebida de dioses, que
no conocían sus siervos ni sus esclavas, sino tan-
sólo él, su esposa y una despensera. Cuando bebían
este rojo licor, dulce como la miel, echaban una -
copa del mismo en veinte de agua; y de la cratera-
salía un olor tan suave y divinal, que no sin pena
se hubiese renunciado a saborearlo. De este vino -
llevaba un gran odre completamente lleno y además-
viandas en un zurrón; pues ya desde el primer ins-
tante se figuró mi ánimo generoso que se nos pre-
sentaría un hombre dotado de extraordinaria fuerza,
salvaje, e ignorante de la justicia y de las le --
yes.

"Pronto llegamos a la gruta; mas no dimos --
con él, porque estaba apacentando las pingües ove-
jas. Entramos y nos pusimos a contemplar con admi-
ración y una por una todas las cosas; habia zarzos
cargados de quesos; los establos rebosaban de cor-
deros y cabritos, hallándose encerrados separada-

mente los mayores, los medianos y los recentales;
y goteaba el suero de todas las vasijas, tarros y
barreños, de que se servía para ordeñar. Los com-
pañeros empezaron a suplicarme que nos apoderáse-
mos de algunos quesos y nos fuéramos; y que lue-
go, sacando prestamente de los establos los cabri-
tos y los corderos, y conduciéndolos a la velera-
nave, surcáramos de nuevo el salobre mar. Mas yo
no me dejé persuadir -mucho mejor hubiera sido se-
guir su consejo- con el propósito de ver a aquél-
y probar si me ofrecería los dones de la hospita-
lidad. Pero su venida no habia de serles grata a
mis compañeros.

"Encendimos fuego, ofrecimos un sacrificio a-
los dioses, tomamos algunos quesos, comimos, y le
aguardamos, sentados en la gruta, hasta que vol-
vió con el ganado. Trafa una gran carga de leña -
seca para preparar su comida y descargóla dentro-
de la cueva con tal estruendo que nosotros, llenos
de temor, nos refugiamos apresuradamente en lo más
hondo de la misma. Luego metió en el espacioso an-
tro todas las pingües ovejas que tenia que orde-
ñar, dejando a la puerta, dentro del recinto de --
altas paredes, los carneros y los bucos. Después-
cerró la puerta con un pedrejón grande y pesado -
que llevó a pulso y que no hubiesen podido mover-

del suelo veintidós sólidos carros de cuatro ruedas. ¡Tan inmenso era el peñasco que colocó a la entrada! Sentóse enseguida, ordeñó las ovejas y las baladoras cabras, todo como debe hacerse, y a cada una le puso su hijito. A la hora, haciendo cuajar la mitad de la blanca leche, la amontonó en canastillos de mimbre, y vertió la restante en unos vasos para bebérsela y así le serviría de cena. Acabadas con prontitud tales faenas, encendió fuego, y al vernos, nos hizo estas preguntas:

"Polifemo:- ¡oh forasteros! ¿Quiénes sois? ¿De dónde llegasteis navegando por húmedos caminos? ¿Venís por algún negocio o andáis por el mar, a la ventura, como los piratas que divagan, exponiendo su vida y produciendo daño a los hombres de extrañas tierras?

"Así dijo. Nos quebraba el corazón el temor que nos produjo su voz grave y su aspecto monstruoso. Mas, con todo eso, le respondí de esta manera:

"Odiseo.- Somos aqueos a quienes extraviaron, al salir de Troya, vientos de toda clase, que nos lleva por el gran abismo del mar; deseo-

so de volver a nuestra patria llegamos aquí por otra ruta, por otros caminos, porque de tal suerte debió de ordenarlo Zeus. Nos preciamos de ser guerreros de Agamenón Atrida, cuya gloria es inmensa debajo del cielo - ¡tan grande ciudad ha destruido y a tantos hombres ha hecho perecer! -, y venimos a abrazar tus rodillas por si quisieras presentarnos los dones de la hospitalidad o hacer nos algún otro regalo, como es costumbre entre los huéspedes. Respeta, pues, a los dioses, varón excelente; que nosotros somos ahora tus suplicantes. Y a suplicantes y forasteros los venga Zeus-hospitalario, el cual acompaña a los venerados huéspedes.

"Así le hablé; y respondíome en seguida con ánimo cruel:

"Polifemo.- ¡oh forastero! Eres un simple o vienes de lejanas tierras cuando me exhortas a temer a los dioses y a guardarme de su cólera; que los Cíclopes no se cuidan de Zeus, que lleva la égida, ni de los bienaventurados númenes, porque aun les ganan en ser poderosos; y yo no te perdonaría ni a ti ni a tus compañeros por temer a la enemistad de Zeus, si mi ánimo no me lo ordenase. Pero dime en qué sitio, al venir, dejaste la bien construida embarcación: si fue, por ventu-